

monacales no podían dejar de ocuparse también en la lengua del país, porque sólo en esta podía tratar con el pueblo, y como se habían compuesto fórmulas de oraciones y catecismos para la instrucción religiosa, asimismo debían componerse para los fines de la enseñanza, vocabularios en latín y alemán. Semejantes fórmulas y rosarios, procedentes algunos del siglo VIII, cuentan entre los monumentos escritos más antiguos de la lengua alemana, á cuyo vigor interno se debe que no sucumbiera á la preponderancia opresiva que el latín poseía como lengua de la Iglesia y del Estado, de los tribunales y de las escuelas, sinó que ya desde el siglo IX, como veremos luego, se elevara cada vez más á la expresión literaria.

Simultáneamente con los conventos de hombres establecieron en Alemania los conventos de mujeres, después que el misionero Bonifacio hubo comprendido ya la importancia de la cooperación femenina en su eclesiastización de los alemanes. Las tres monjas Valpurgis, Tecla y Liova han hecho sus nombres célebres como colaboradoras de S. Bonifacio; la primera era priora del convento de Heinhelm; la segunda abadesa del convento de Kitzingen; la tercera abadesa del convento de Bischofsheim del Tauber, el cual durante mucho tiempo fué el colegio favorito para la enseñanza femenina. Desde el siglo VIII la moda piadosa del claustro se extendió rápidamente por Alemania; en todas partes había ermitaños y ermitañas, ensanchándose muchas veces las moradas de las reclusas hasta formar verdaderos conventos como los fundados en gran número por princesas y otras damas nobles. Según la regla, ninguna joven debía tomar el velo antes de cumplir los 25 años; parece, pues, que en aquella época opinaban que solamente á las solteras les convenía «hacerse esposas de Cristo.» También pasaba por meritorio el llevar el capuchón de monja fuera del claustro, viviendo en la propia familia sin casarse cual «sierva de Dios» ó «velada.» Hasta el siglo IX no había mucho rigor en los votos formales de monja; ciertamente la Iglesia conminaba con la excomunión la infracción de los votos, es decir que una monja se casara; pero en los primeros siglos de la Edad media no se hacía mucho caso de tal amenaza, y es evidente que las monjas de la época carlovingia tampoco hacían caso de cosas más importantes, pues según demuestran las capitulares, la disolución de muchísimas monjas preocupaba al grande emperador, revelándonos sus decretos la existencia de bastantes «siervas de Dios,» que en lugar de su esposo celestial servían á la diosa pagana Venus hasta por dinero, librándose luego de las consecuencias de semejante servidumbre por medio de crímenes.

Por fortuna los esfuerzos del cuidadoso legislador, ordenador y administrador Carlos, tuvieron más éxito en otros terrenos, especialmente en el de la agricultura que procuraba y lograba fomentar teórica y prácticamente por sus decretos y prácticamente estableciendo granjas modelos en sus propias haciendas. El cultivo de los cereales, la práticamente y la silvicultura se mencionan de una manera que demuestra considerables progresos sobre el salvagismo primitivo; así mismo la horticultura y la jardinería, la pomicultura y la viticultura. Al mismo tiempo que los campos, mejoraban también

las viviendas de los alemanes, convirtiéndose la choza en casa, y separándose la habitación del hombre de la de los animales; hasta la morada del labrador, es decir, del labrador siervo, se dividía en casa habitación, establo y troj. Un cortijo señorial ocupaba un grande espacio cercado de seto ó de empalizada en el cual se encontraban los siguientes edificios: 1.º la casa de los señores (sala). 2.º la casa de las mujeres (*genestum*), donde la señora de la casa con



CORTIJO SEÑORIAL.

sus hijas y criadas se ocupaban en hilar, tejer y hacer vestidos. 3.º el baño (*stuba*), 4.º la bodega (*cellaria*), 5.º el granero (*granía*), 6.º la despensa (*spicarium*), 7.º los diferentes establos para caballos, vacas, ovejas y cerdos. En los *genestios* hacíanse ya muchas labores finas, porque el problema cada vez más complicado de proveer de vestidos á la familia, despertaba el espíritu de invención. Las mujeres perfeccionábanse notablemente en el arte de la sastrería; sabían bordar artísticamente y entendían, como dice una de las capitulares de Carlomagno, en diseñar figuras en los tejidos, por medio de la lanzadera. Por lo demás, los *genestios* eran también los sitios de cosas menos loables, hasta de tantas inconveniencias, que en la época posterior de la Edad media, la «casa de mujeres» tenía una significación que se había apartado mucho de su pureza primitiva.

Los edificios de la época carlovingia eran todavía muy sencillos, siendo la madera el material de construcción más usual; sin embargo comenzábase ya á edificar casas de piedras y ladrillos, y á dividir las habitaciones en pisos y



cuartos, como á proveerlas de escaleras y azoteas. Enteramente de piedra y adornados con cuadros morales por artistas italianos, eran los célebres palacios de Carlomagno, en Ingelheim, Aquisgran y Neumagen. Sabemos que en el año de 895, los gastos de construcción y arreglo de una casa señorial se estimaba en doce sueldos de plata, por lo que se ve que el valor del dinero ha bajado enormemente desde entonces. Carlomagno introdujo también una reforma radical en el sistema monetario, sustituyendo la moneda de oro que había regido en el Occidente desde los tiempos de los emperadores romanos, con las de plata, y determinando que de una libra de plata debían acuñarse veinte chelines. Al fomento de la industria y del comercio, el grande emperador dedicaba una gran parte de su actividad de legislador y administrador, especialmente por la institución del servicio de seguridad, destinado á vijilar á los vagamundos y truhanes, la exactitud de las pesas, medidas y monedas, por la institución de ferias semanales y anuales en todas las grandes poblaciones, y por la construcción de carreteras, diques y puentes. Su plan de unir el Rhin y el Danubio por medio de un canal se estrelló en la imperfección de la técnica de aquel tiempo. También dicen que arregló una especie de correo, mas no tenemos de ello noticia cierta.

No sólo á la parte material de la vida y de la sociedad dedicaba Carlomagno su atención y sus cuidados, si que también á la intelectual, hallándose obligado por el estado de las cosas, á valerse, sobre todo, de eruditos y artistas extranjeros para elevar el nivel mental de sus paisanos. Llamó arquitectos, pintores y músicos de Italia, y entre los clérigos y legos eruditos que le rodeaban, cuentan Pedro de Pisa, Alenino, Teodulfo, Adelharto, Pablo Diácono, Eginardo y Angilberto. Instaló una escuela normal en su corte y favorecía con ahinco las escuelas monásticas, fundadas y dirigidas por Rabano en Fulda, Hartmod en S. Galo, Valafrido en Reichenau y otros en otras partes. El mismo entendía el griego, hablaba el latín, tomaba lecciones de gramática, retórica y astronomía, y aprovechaba hasta las horas de comer para instruirse, haciéndose leer durante la comida, «las historias y los hechos de los antiguos,» según refiere Eginardo. Por las razones ya indicadas, todas estas aspiraciones civilizadoras habían de descansar forzosamente en una base romano-cristiana en lugar de germánico-nacional. Por esto la actividad artística de la época carlovingia preparó en Alemania el estilo románico. Con todo, Carlos mismo, á pesar de su prevención eclesiástica contra el paganismo germánico, no se nos presenta de ninguna manera dominado por el romanismo, al contrario; se sentía siempre como germano verdadero y genuino. Por esto procuraba el cultivo del idioma nacional, ordenando que los sermones debían hacerse en alemán; por esto emprendió el mismo la redacción de una gramática alemana; por esto dió nombres alemanes á los vientos y meses (usándose estos últimos todavía hoy en la Suiza alemana); y por esto para usar las palabras de su ministro, amigo y biógrafo Eginardo, mandó escribir para que no se olvidasen, los antiquísimos cantos nacionales que celebraban las guerras y hazañas de los reyes antiguos. Desgraciadamente esta colección de cantos heroicos populares se ha perdido sin dejar

rastros, si bien se dice que en el siglo XII existían todavía manuscritos, en Inglaterra.

La corte de Carlomagno debía de presentar un cuadro abigarrado, lleno



CARLOMAGNO SE HACE PRESENTAR EL PLANO DE LA CAPILLA DE SU PALACIO DE AQUISGRAN.

de animación por juntarse en ella los contrastes más chocantes de la época, germanismo y romanismo, paganismo, cristianismo é islamismo, nuncios del Papa, legados del emperador de Bizancio, embajadores del califa de Bagdad, obispos católicos y adoradores de Odin de Escandinavia, condes francos y alemanes, adalingos sajones y frisones, caudillos eslavos y abades, senadores romanos y jeques árabes del Ebro. Así mismo podía calificarse de nómada la corte por cuanto no permanecía en punto fijo, si bien la residencia favo-

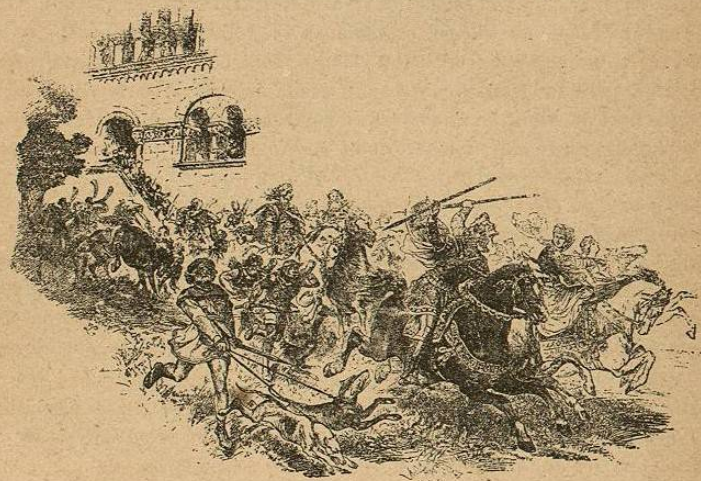


rita de Carlos era el palacio de Aquisgran. ¿Qué mezcla de trajes, qué confusión de lenguas y que contraste de lujo y barbarie debía de observarse en las grandes fiestas y ceremonias de la corte? Por lo demás, la residencia del emperador no era precisamente un sitio de buenas costumbres, aun admitiendo las nociones muy relajadas de moralidad de aquella época. Es verdad que Carlos no tomaba parte en la glotonería atroz que reinaba en aquellos tiempos; era muy sóbrio en los goces de la mesa. En cambio su afición por las mujeres era excesiva. Tenía cuatro esposas, la longobarda Berterada (?), la suabia Hildegarda, la franca Pastrada y la alemana Liutgarda. Entre sus concubinas mencionanse á Adaltruda, Regina y Adalinda. El número de sus hijos legítimos é ilegítimos era catorce, la educación de los cuales le preocupaba bastante, y según Eginardo, la arregló de modo que «los varones como las hembras fuesen instruidos primeramente en las ciencias; después tan pronto como la edad lo permitiera, los hijos debían montar á caballo según la costumbre de los francos y ejercitarse en las armas y en la caza, mientras que las hijas se ocuparían en los trabajos de lana y manejarían la rueca y el huso para que no se acostumbrasen á la holgazanería y las mandó educar en toda buena disciplina.»

Mas esta «disciplina» era cosa especial, tan especial, que bien podría llamarse indisciplina. En efecto, las relaciones entre los dos sexos en la Corte de Carlomagno eran tan relajadas, que el emperador cerró, no uno, sinó sus dos ojos cuando su hija Hrustrud tuvo un hijo natural con el conde Rorich y su hija Berta dos hijos del preceptor de la Corte, Angilberto. El cuento romántico de una tercera hija de Carlos, Ema, y su novio Eginardo, no es á la verdad más que un cuento, puesto que el emperador no tuvo ninguna hija de ese nombre, pero no deja de ser característico para el tono y la «buena disciplina» de la corte de Carlomagno. Más tarde, después de la muerte de su padre, las princesas parece que traspasaron los límites de la decencia, porque su hermano, el emperador Ludovico, se vió obligado á desterrar de la Corte á los mancebos de sus hermanas. Carlos mismo se había creído en el caso de reprimir el lujo exagerado en el vestir, y la real orden dada en el año 808, si bien dirigida solamente contra el despilfarro de peletería, puede considerarse como el más antiguo reglamento sobre vestuario, dado durante la Edad media, cada vez más extenso, por los príncipes eclesiásticos y seglares y aun por las autoridades municipales, aunque naturalmente en balde, pues ninguna potencia del mundo puede tenérselas con la moda, la cual, siendo hija mayor de la estupidez, se ha burlado, se burla y se burlará en todos tiempos y lugares, lo mismo de los dioses que de los hombres.

El mencionado Angilberto, uno de los eruditos de la corte de Carlomagno y de paso su yerno, escribió un elogio biográfico del grande emperador en hexámetros latinos bastante afectados. Este producto de la musa cortesana nos ha sido transmitido sólo en fragmentos, lo cual es sensible, porque el conjunto nos habría dado una idea clara de la vida de la corte carlovingia. Uno de los pasajes conservados, remedando evidentemente la realidad, describe cómo la emperatriz Liutgarda sale á caza acompañada de sus dos hijastros Carlos y

Pepino y varias de sus hijastras. La traducción de este pasaje, puede servir para darnos á comprender el aspecto de los personajes distinguidos de fines del siglo VIII. «En medio de su numeroso séquito, sale del elevado aposento para entrar en el patio, Liutgarda, la encantadora esposa del augusto Carlos. Su garganta rivaliza en color y brillo con las rosas y su cabello recogido, con el resplandor de la púrpura. Cordones de oro sujetan su manto, cintas de púrpura rodean las niveas sienas, la túnica de lienzo brilla con purpúreas cambiantes, el cuello centellea de piedras preciosas y en la cabeza luce la corona de oro. Caminando así, rodeada de las damas, le hace calle la servidumbre



SALIDA Á CAZA.

cortesana á derecha y á izquierda; monta el caballo que le presentan y luce su real figura ante la multitud de adalingsos que llenos de juvenil fiereza y bizarria, rodean á los dos príncipes Carlos y Pepino. El primero que se parece á su padre en el nombre, figura, rostro y espíritu, se presenta adornado de todas sus armas, como poderoso guerrero que ha demostrado serlo. Después de la reina y de los príncipes, sale por las puertas y en confuso tumulto, el séquito de caza acompañado del ladrido de los perros y del son de las cornetas. Luego siguen las princesas con numeroso acompañamiento de caballeros y damas. Al frente va tranquila y soberbia, Hruotrud, llevando su cabello rubio sostenido por una cinta de púrpura y luciendo en la cabeza una pequeña corona de oro. Después aparece resplandeciente entre las damas, Berta, imagen de su padre, así en sentimientos, como en semblante, voz, ojos y genio; lleva el



cabello rubio entrelazado con cordones de oro y rodeados de una diadema; una piel de marta cubre muellemente la nieve de su cuello y las costuras de su túnica están guarnecidas de centelleantes piedras preciosas. Luego viene Gisela, la heldad de blancura deslumbradora; hilos de púrpura atraviesan el delicado tejido de su velo que cae graciosamente sobre su garganta y hombros sonrosados; luce su mano argentina, su frente dorada; sus ojos echan fuego de sol y con gracioso aplomo dirige el veloz corcel. Detrás del bullicioso enjambre que á su hermana rodea, Ruodhaid conduce á paso rápido su hacanea, radiando su cabello, garganta y pié de pedrería de color y revoloteando por sus hombros el manto de seda, sujetado al pecho por una hebilla de oro. Sigue después Teodoreda, con el semblante rubicundo y el cabello dorado; lleva un collar de esmeraldas y el manto orlado de piel oscura; montada en fogoso caballo blanco, se abalanza la piadosa y espléndida jóven. Finalmente, cierra la fila de las hermanas, Hiltruda, reluciendo soberbiamente entre la muchedumbre de ginetes que la rodean, dirigiendo su corcel á donde la floresta recibe en su sombrío seno al magnífico cortejo cazador.»

En caso de contemplar el grande emperador, como era muy posible, desde la azotea de su palacio la partida de ese vistoso tren, que comprendía todo lo que su casa y su época podían ostentar en nobleza, belleza y pompa, en felicidad, esplendor y alegría, viendo cabalgar al claro sol de la mañana para la alegre caceira, á esa larga hilera de robustos hijos y bellas hijas, no se figuraba seguramente que toda la esplendidez carlovingia, que su estirpe y mucho ménos su imperio durarian á penas dos siglos, ni que inmediatamente después de su muerte (814) empezaría con el reinado de su hijo Ludovico, el triste marasmo del imperio universal carlovingio y que todo el porvenir de su casa no sería más que una muerte lenta y sin gloria. Es ley eterna que la vanidad y afán de grandeza de los hombres, de las dinastías, de las naciones y de las razas, se disuelvan siempre en humo.

Pero aun que se desmoronara el soberbio edificio del imperio de Carlomagno, descompuesto interiormente por la separación más marcada de las nacionalidades de que se componía, la idea fundamental civilizadora del edificio quedó subsistente y siguió obrando. En el Estado y en la Iglesia las ideas de la edad carlovingia conservaron su fuerza determinante; el imperio y el papado cuya concordia era su puesto de la teoría de la política de la Edad Media, constituían los polos al rededor de los cuales, giró el desarrollo social durante muchos siglos. La legislación y la administración civil y jurídica seguían en general los senderos que Carlomagno les señalara, si bien el tiempo traía naturalmente muchas alteraciones en los pormenores. En todas las manifestaciones de la cultura intelectual la Iglesia daba el tono fundamental que determinaba para muchos siglos los sentimientos nacionales, aunque ya no podía dejar de admitir la influencia más ó ménos fuerte de este lado.

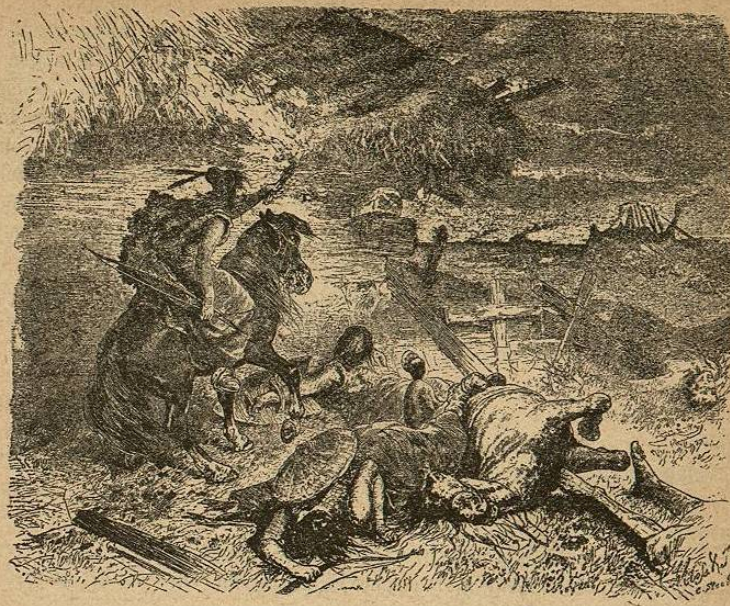
Así mismo notábase esta influencia nacional en la poesía cristiano-eclesiástica del siglo ix, con la cual empieza la literatura poética alemana, ya que se han perdido los cantos de dioses y héroes del germanismo pagano.

Dos productos de esta poesía sobrepujan grandemente los otros, que no son

muchos; dos obras que tratan del mismo asunto, pero que en la forma se distinguen esencialmente «el Heliand» (salvador) antiguo sajón y el «Krist» (Cristo), antiguo alemán alto. Las dos son lo que se llaman «armonías del Evangelio», es decir, tienen por asunto el poema de Jesús, cual lo refieren los Evangelios. Pero se diferencian tanto en la exposición de su tema, que bien se puede decir que una es á la otra lo que la lengua á la pluma, lo que el arpa al libro, lo que el germanismo al romanismo. Al poeta sajón, quien instigado por el piadosísimo emperador Ludovico, produjo el Heliand en la primera mitad del siglo ix, hemos de figurárnosle recitando oralmente su poema á sus paisanos, acaso en alguna gran fiesta de la Iglesia, enteramente en el estilo de los antiguos cantores y narradores indígenas; mientras que con respecto al autor del Christ, hemos de imaginarnos que huyendo del ruido profano del mundo, (*sonus inutilium rerum*; dice en su prefacio latino), se retiró tímidamente en su celda monacal para inclinarse ora sobre los rollos de evangelios desplegados en su mesa, ora para escribir, ó mejor dicho dictar sus versos sobre «el pergamino extendido delante de él con una pluma de ganso cuidadosamente cortada». El poeta sajón ha sostenido en toda su obra el sabor popular, dando á su asunto un colorido nacional: Jesús parece entre sus discípulos como duque germánico entre su séquito, y de María, «la más hermosa de las mujeres», la «amable jóven» á quien ha escogido «José», habla enteramente en el mismo tono respetuoso que solían poetas más antiguos al hacerlo de Beleda. Esta poesía, admirablemente natural, favorecida por la aliteración y el metro antiguo, nos produce igual efecto, cual si la historia de Jesús hubiese pasado en Germania. El poeta del Heliand, por lo tanto, ha creado una obra importantísima y muy amena, en la cual oímos otra vez claramente el eco del espíritu y tono de la poesía popular, genuinamente nacional de los tiempos antiguos. El fraile benedictino Otfred empezó componiendo su «Cristo» en Alsacia, en el convento de Visenburgo, entre los años de 863 y 872, en oposición consciente é intencional al canto popular del país que desdeñosamente califica de obsceno (*cantus laicorum obscœnus*), siendo éste quien introdujo en Alemania la poesía artificial. Ciertamente tampoco pudo prescindir en absoluto del sentimiento germánico nacional al metrificar los Evangelios; pero en todas partes el erudito fraile procura más bien edificar que deleitar á sus lectores; para él lo principal es, no la narración, sino la moraleja y la aplicación devota. El Heliand, es un poema, el Christ un sermón; el primero es germánico en la forma y el fondo, el segundo romano. Y por esto precisamente empezaba la poesía artística de Otfred con una importantísima innovación formal en sentido romano, reemplazando Otfred la aliteración germánica con la rima final romana; la consonancia silábica que se había hecho usual en el latin bárbaro de la Edad media. Parece esto pura cuestión de forma, y sin embargo, es un rasgo característico cuya importancia no es menor que la introducción de un lenguaje ageno en la legislación alemana y en el culto alemán. Sabido es que la poesía de una nación es la expresión fiel de su cultura, la más íntima revelación de sus sentimientos y de sus aspiraciones. Abandonando los alemanes la aliteración para apropiarse la rima final, documentaban que habían abandonado la



fe en la posibilidad de una órbita propia de progreso y que pensaban amoldarse á las leyes del desarrollo de la civilización romano-cristiana creada por Carlomagno. Lo nacional retirose por ahora tímido y huraño á las profundidades del alma del pueblo, mientras que lo eclesiástico-romano, altanero é intolerante dominaba sobre todas las manifestaciones de la vida.



INVASION DE LOS HÚNGAROS.

III.

Bajo el reinado de los Otones.

El genio sostenido por una voluntad fuerte y una conciencia poco escrupulosa, puede conseguir sacar temporalmente el curso de los pueblos de sus carriles naturales, juntando en un estado á los elementos opuestos, como se ve en la monarquía imperial de Carlomagno. Pero tan pronto la acción de este genio se paraliza por un golpe de la fortuna ó por la muerte, desmorónase aquello que sólo por la fuerza podía sostenerse. Esto lo atestiguan todos los llamados conquistadores del mundo desde Sesostriís hasta Napoleón. El edificio político carlovingio había sido erigido por obra común de las dos grandes potencias de la época, la espada germánica y el cayado romano. A pesar de esto, no persistió por una parte, porque el interés común de estas dos potencias era solamente pasajero y artificial y por otra parte porque, aunque lenta, irrisistiblemente, surgía al lado de ellas una tercera potencia, la idea nacional.

El mito asiático de la separación de los pueblos durante la construcción de la torre de Babel, tuvo una realización europea en el imperio universal carlovingio. Los pueblos juntados por fuerza en ese soberbio edificio ya no se entendían unos á otros; siguiendo un rumbo divergente, aspiraban á separarse,